

Psiquiatría e Inquisición

El proceso de Fray Salvador de Victoria

Dra. Ernestina Jiménez Olivares*

Fue acusado de apóstata, hereje, excomulgado, iluso, alumbrado y fugitivo de su religión. En su juicio declararon 25 testigos.

Corría el año de 1659. En la capital de la Nueva España deambulaba un individuo, evidentemente loco, vestido con hábito de hermitaño, y que contó, "sin ningún recato" a todo el que quiso escucharle, una serie de visiones, revelaciones y órdenes divinas recibidas directamente de Dios, desde que vivía en España en un convento en Granada. Dichas órdenes divinas se referían a formar una nueva orden religiosa que debería constar de 12 hermanos más él a la cabeza.

Se hacía llamar Salvador de Victoria aunque su apellido era Zavala. Victoria era su lugar de origen y lo adoptó, dijo, para imitar a Cristo quien se hizo llamar Jesús de Nazareth. A la postre resultó que tampoco se llamaba Salvador sino Pedro, y finalmente declaró que no recordaba cómo se llamaba.

Contó tanto desatino y a tanta gente que no faltó alguien que lo acusara al Santo Oficio, quien lo aprehendió, le confiscó sus bienes como era la costumbre y lo juzgó por herejía. Los 25 testigos que declararon en su juicio relataron más o menos la misma historia. A ninguno de los 25, ni a los inquisidores se les ocurrió pensar que el acusado estaba loco y, en consecuencia, no le examinó ningún médico. Más bien, él mismo mencionó en varias ocasiones que en su convento en España tenía fama de loco, y que debido a ello, sus compañeros monjes lo encerraron durante dos años.

En sus declaraciones dijo ser originario de la provincia de Alava, de 46 años de edad, de oficio carpintero de puertas y ventanas, hermitaño a los 20 años y posteriormente monje

capuchino en un convento de Granada, España.

Refirió que a los 20 años vio a unos hermitaños que habitaban unas cuevas en las playas de San Lucas y se unió a ellos. Le proporcionaron de vestido un saco burdo con una capucha cosida al saco. Eran llamados "los hermitaños de San Pablo". No profesaban, pues cuando querían irse podían hacerlo. Estuvo con ellos 4 años al cabo de los cuales se dispersaron por la muerte del viejo Duque de Medina Sidonia que era quien los sustentaba, no queriendo hacerlo el hijo. Debido a esta circunstancia se regresó a Alava en donde le tocó la peste grande en el reino de Valencia, de la que sanó milagrosamente; después de su cura milagrosa decidió quedarse ahí y vestido con un saco de paño bruto sin capucha se fue a una cueva de los montes de Orihuala en donde estuvo 9 años y fue en ese tiempo que empezó a tener las revelaciones divinas. Su información a este respecto se contradice con la dada a otros testigos, y aceptada finalmente como verdadera en la sentencia, y en la que dice que estando de monje capuchino en el convento de Granada fue cuando empezó a experimentar estos fenómenos que ahora llamaríamos paranormales o definitivamente psicopatológicos. Los monjes de dicho convento lo encerraron por 2 años porque lo juzgaron loco. Al cabo de ese tiempo logró escaparse quitando una reja y se fue a campo traviesa siempre por despoblado. Se enfermó cerca del Puerto de Santa María en donde se le apareció la Virgen y lo sanó milagrosamente. Ya sano, se embarcó hacia las Islas Canarias en donde estuvo un año en una hermita. Ahí conoció a dos monjes capuchinos que iban a Guinea y se fue con ellos, a su servicio. Explicó a algunos testigos y en su declaración en la Inquisición, que fue por esta circunstancia que empezaron a decir

* Investigadora del Depto. de Historia de la Medicina.

que era capuchino fugitivo. Ya en Guinea no quiso continuar con los monjes mencionados, quienes se internaron en Sierra Leona y él se embarcó para Cartagena de las Indias en donde estuvo 6 meses, al cabo de los cuales se embarcó para Campeche, hizo una breve escala de 3 horas y continuó a Veracruz. En este puerto permaneció dos meses curándose de “unas hinchazones en los pies”. Ya curado continuó viaje a México a caballo. Dicho caballo era tan veloz, que en un solo día corrió 22 leguas y llegando a la Ciudad de México se lo querían comprar por 50 ducados de oro; él rehusó la oferta. En las averiguaciones resultó que se trataba de un viejo matalote por el que sólo le dieron 3 pesos.

Llegó al final de su viaje en la cuaresma del año de 1659 y fue entonces que empezó sus relatos de apariciones y voces divinas que acabaron por llevarlo a la Inquisición.

Un fragmento de su sentencia dice que “se sentía tan favorecido de Dios, de la Virgen Santísima y del Señor San Francisco, que había afirmado haber tenido visiones, locuciones y revelaciones, y haber recibido otros favores divinos contándolos a cada paso para acreditarse de persona espiritual y de muy sólida santidad, engañando a los ignorantes con desenfadada audacia de hereje alumbrado y de apóstata excomulgado e hipócrita, embustero para convencer de sus falsas revelaciones que procedían del demonio.

Las revelaciones y visiones (llamémoslas alucinaciones en lenguaje psiquiátrico actual), son las siguientes:

“Que estando hilando la lana con que haría su hábito, vido entrar en el aposento donde se encontraba, una nube blanca redonda y en ella recostado a Gregorio López y junto a él otro con hábito como el suyo y en lo superior de la nube el nombre de Jesús y era Dios con

toda su grandeza que le dijo señalando al que estaba junto a Gregorio López: En este hábito haz de padecer tu martirio” (sic). Desapareció la nube y se quedó muy pensativo y triste pues él quería morir en la orden de los capuchinos en la que estaba y así se lo pidió a Dios quien se le volvió a aparecer y le dijo: “Qué capucha ni qué capuchino, qué fraile ni qué fraile...” y acto seguido le dio la orden, Dios en persona, de venir a las Indias a formar la nueva religión para que cesara el rigor de su indignación porque temía levantar su brazo de justicia y destruir el mundo. Luego que hubo desaparecido la visión, comunicó a sus compañeros de convento lo ocurrido, quienes, suponiéndolo loco lo encerraron por dos años.

Al cabo de este tiempo vio una luz que bajó del cielo a su prisión; dicha luz quitó la reja y lo guió para que saliera. Cuando los frailes advirtieron su ausencia salieron a buscarlo más de 70, pero entonces bajó del cielo una nube blanca que lo cubrió, pasando así inadvertido a sus perseguidores, por lo que pudo continuar su viaje alejándose del camino real yendo a dar con unos beatinos quienes le dieron de comer. Cuando estaba con ellos se le apareció Dios en toda su magnificencia y le ordenó que prosiguiera su viaje. Obedeció la orden divina y fue a buscar puerto en donde embarcarse y llegó a un puerto sin nombre en donde estaba anclado un barco desde hacía 4 meses porque no había viento. Sabido esto les pidió a los del navío que lo dejaran embarcarse y haría que soplara el viento, lo que efectivamente ocurrió, pero se levantó un levante tan grande que por poco naufragan. Continuó viaje a la isla de Santa Cruz y de ahí a Guinea en el mismo barco. En Guinea se enfermó a tal punto que por poco se muere, pero se le apareció la Virgen de los Santos y lo sanó milagrosamente. A este propósito refirió

que en otra ocasión en España la misma Virgen de los Santos ya se le había aparecido y curado en otra enfermedad y le ordenó se le hiciera un hermita en el lugar de su aparición, lo que se hizo.

De Guinea se embarcó para Cartagena y en pleno océano fueron rodeados y atacados por 4 navíos de enemigos turcos y estuvieron a punto de perder la batalla, pero él se plantó en medio del navío y empezó a hacer oración delante de una imagen del Señor y otra de Santa Juana e increpó a los españoles diciéndoles: “Valerosos españoles cristianos pues profesais la ley de Dios que nos muestra la Santa Iglesia Romana, tened confianza que los enemigos serán vencidos por sus propias balas”, lo que efectivamente sucedió pues las balas que disparaban los turcos se volvían contra ellos y así se mataron más de 600, finalmente vino una tormenta que acabó con los navíos turcos, quedando los españoles a salvo “buenos y sanos”; pero luego aparecieron más turcos y moros que también los atacaron y volvió a ocurrir lo mismo, es decir sus balas se tornaban contra ellos y los mataban.

Como ya se dijo, de Cartagena se embarcó a Campeche y Veracruz y de esa Ciudad se vino a México a caballo.

Ya en México se enfermó de unas “calenturas sincopales” y estuvo 3 días muerto. Vivía entonces en la casa de un cerero de nombre Francisco Antonio quien gastó mucho dinero en atenderlo, siendo un Dr. Céspedes quien lo curó. Dicho doctor le apodaba “Lázaro resucitado”. Posteriormente, el dicho Francisco Antonio y su familia enfermaron de gravedad y él se acercó a su cama y le ordenó levantarse diciéndole que no tenía mal alguno y en efecto, se levantó de inmediato bueno y sano.

Por los párrafos anteriores nos damos cuenta que, además de su patología sensorial, tenía fabulaciones y se creía con el poder de hacer milagros. A este respecto contó también que había sido milagroso desde el vientre de su madre, pues estando su madre encinta de él, antes de tiempo “lo abortó fuera del vientre y luego lo volvió a recoger, naciendo después a tiempo naturalmente.

También refirió otro milagro que lo hizo Cristo en una ocasión en que se le atravesó

una azeña en la garganta y ni médicos ni cirujanos pudieron hacer nada, entonces se le apareció Cristo y se la sacó.

En otra ocasión, estando muy afligido por el mandato divino por no saber cómo cumplirlo, se le apareció San Francisco, quien era de “mediana estatura, moreno de rostro y con los brazos cruzados”, al ver semejante aparición le preguntó cómo iba a hacer él, tan insignificante y sin fuerza, para emprender tal empresa; a lo que San Francisco no respondió, pues “se limitó a encogerse de hombros y desaparecer”.

Otro milagro ocurrió en la cara de la Virgen de los Santos a la que finalmente encontró en la casa de una señora Juliana Martínez a quien le relató su historia y le dijo que andaba buscando una imagen que se pareciera a la que se le había aparecido. Dicha mujer le mostró una imagen de bulto que tenía guardada por no tener altar en donde ponerla. El hermitaño se llenó de gozo al verla pues era justamente la imagen que buscaba por el parecido con Nuestra Señora de los Santos. Pidió que la vistieran y le hicieran una peana para que se viera más alta y una base de nubecillas y que no la retocaran de los ojos, lo que obedecieron retocándola sólo de la nariz que tenía maltratada. Al mes que regresó Fray Salvador y ver la imagen arreglada dijo que la cara se había transformado milagrosamente y estaba igual a la Virgen aparecida, “y puesto de rodillas le dijo muchas ternuras devotas, derramando copiosas lágrimas, diciendo que él era un jumentillo y ella una reina, que mandase lo que había que hacer...”

A esta testigo le contó también otros milagros, por ejemplo: En una ocasión en España estaba oyendo misa en una iglesia y escuchó la voz de Dios que le dijo que se saliera, obedeció a la voz y acto seguido la iglesia fue destruida por una inundación en donde murió mucha gente. A este propósito refirió que fue acusado de la muerte de uno de los accidentados y apresado por ello, pero excarcelado porque no le se encontró culpable. Entonces oyó la voz de Dios que le dijo que esa era su segunda prisión, que aún le faltaba la tercera que suponía sería la Inquisición.

En otra ocasión se le apareció una nube y

sobre ella una cruz que le ordenó que guardara abstinencia y a partir de entonces casi no comía. La nube con la cruz se le volvió a aparecer y alguien en la nube le habló "interiormente" y le dijo que esa era la cruz de su abstinencia y que por eso no comía.

Dijo claramente que oía las voces interiormente, es decir dentro de él mismo. Esta aseveración suscitó un interrogatorio especial, pues los inquisidores querían saber "qué quería decir con oír a Cristo interiormente", y él explicó que oía las voces "con los oídos interiores y con el entendimiento, que las oía dentro de sí, sin poder explicar otra cosa". Los inquisidores insistían en querer saber "con qué parte de su cuerpo las oía", a lo que Fray Salvador contestó que él no sabía Teología para poder explicarlo, simplemente las oía por dentro.

La visión de la nube con la cruz o el nombre de Cristo la tuvo en diversas ocasiones, no sólo en las ya mencionadas.

Cuando la imagen que representaba a Nuestra Señora de los Santos estuvo debidamente arreglada Fray Salvador logró su propósito de llevarla al pueblo de Santa Fe en una procesión que salió a las 4 de la mañana. La Virgen era llevada en andas por 4 hombres a quienes seguían varios convidados con velas en las manos y un guía. La testigo de este relato y dueña de la imagen, iba en carroza con otras damas, quienes se apearon poco antes del llegar a Santa Fe para unirse al cortejo. Salió a recibirlos el propio Fray Sal-

vador quien se había adelantado con ese propósito y esperaba con los indios de dicho pueblo, "y trujeron palio, trompetas, chirimías y danzas" (sic). Llevaron a la imagen a la iglesia, se celebró una misa, y al día siguiente la trasladaron a la casa de Gregorio López en espera de hacerle su propia hermita.

Muy poco tiempo después Fray Salvador fue acusado a la Inquisición y detenido. Sus revelaciones divinas fueron interpretadas como obra del demonio que lo tenía poseído y engañado para que se hiciera pasar por santo.

Fue condenado a abjurar en acto público de fe y entregado en calidad de prisionero perpetuo al convento de San Francisco en donde debía servir en las labores más humildes y una vez al mes, durante el resto de su vida, confesar su culpa delante de toda la comunidad.

Fray Salvador de Victoria, experto en fugas, se fugó de dicho convento, pero no pudo llegar muy lejos, fue reaprehendido, condenado a recibir 200 azotes en la plaza pública y reintegrado a su prisión.

En su caso intervinieron los siguientes inquisidores: Don Bernabé de la Higuera y Amarilla, Don Francisco de Estrada y Escobedo, Don Juan de la Serna de Haro y Vega y Don Juan Sáenz de Mañozca,



Archivo General de la Nación.—Ramo de Inquisición. Tomo 445, año de 1659.



BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
FACULTAD DE MEDICINA
U. N. A. M.